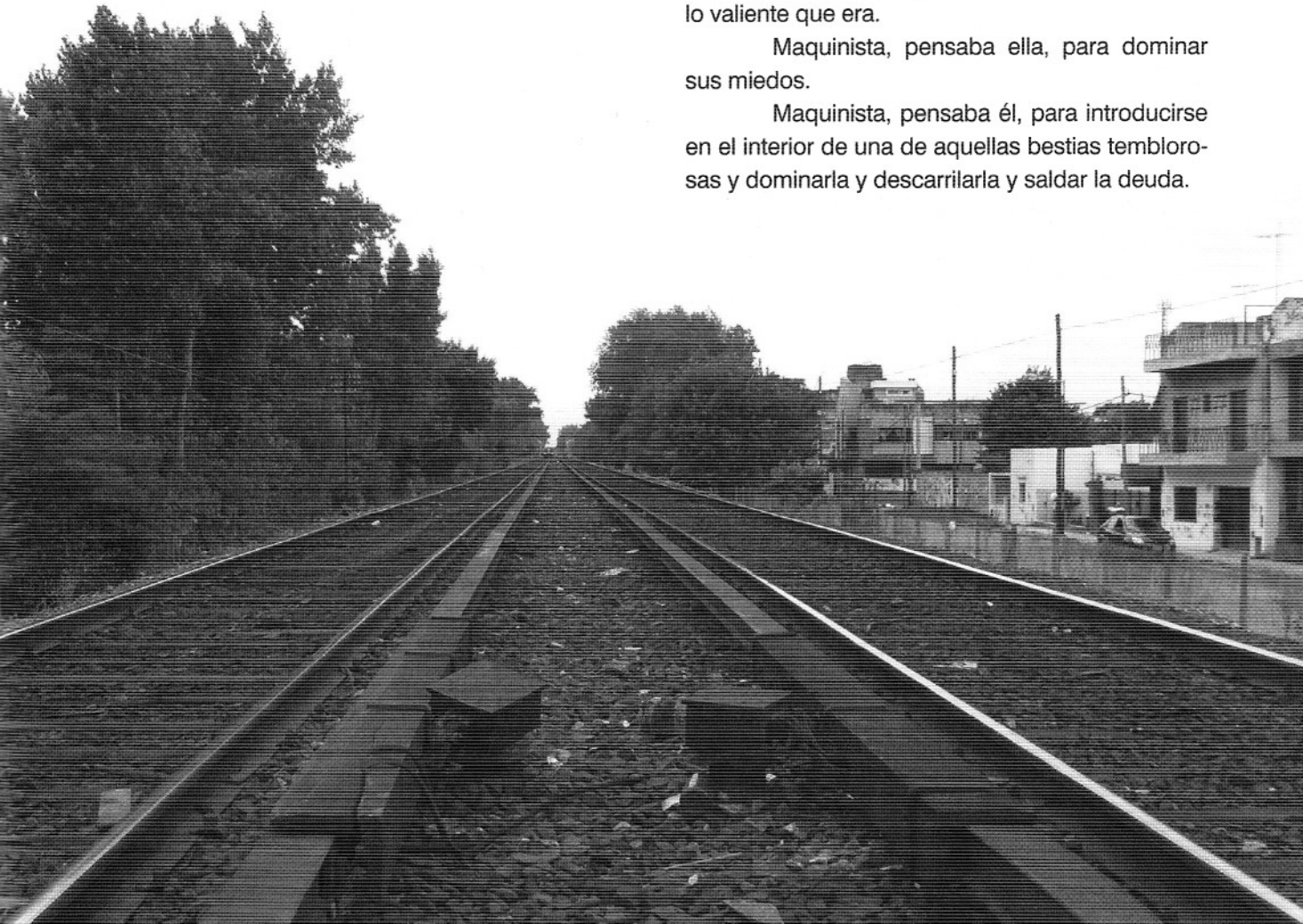
Santiago Eximeno

DE HOMBRES Y TRENES

Desde la ventana de su habitación el niño veía pasar los trenes. Sentado en su silla de ruedas, consciente de que nunca volvería a caminar, el niño acercaba su rostro hasta que su nariz rozaba el cristal y miraba cómo los vagones se desplazaban de un lado a otro, recorriendo las vías como bestias temblorosas. Bestias que temblaban, sí, temblaban de miedo.

En ocasiones su madre entraba en la habitación y le acariciaba la cabeza y le decía que no se preocupara, que no tuviera miedo, que no volvería a ocurrir. Que ya podía salir del cuarto, apartarse de aquella ventana. Él asentía, pero no se movía.

De mayor seré maquinista, le decía a su madre, y ella recordaba el accidente en las vías y lloraba y le decía lo orgullosa que estaba, le decía lo valiente que era.

Maquinista, pensaba ella, para dominar sus miedos.

Maquinista, pensaba él, para introducirse en el interior de una de aquellas bestias temblorosas y dominarla y descarrilarla y saldar la deuda.